vinetur

Agua y turismo de Mendoza en Jaque ante la triple crisis Global

Con cuencas al límite y sentencias judiciales sobre usos irregulares del recurso, el enoturismo mendocino enfrenta el desafío de alinear negocio.

martes 10 de marzo de 2026

ESCRITO POR DANIELASQUEZ



El futuro de Mendoza, reconocida como la capital mundial del vino, se encuentra en una encrucijada crítica. La provincia enfrenta una alarmante escasez hídrica que amenaza su esencia vitivinícola y su atractivo turístico. Con más del 80% de sus cuencas en estado crítico, surge la pregunta: ¿cómo puede Mendoza sostener un

turismo que celebra la abundancia en un contexto de escasez? La narrativa de crecimiento ilimitado ha dejado de ser viable. La solución para el enoturismo radica en una gestión radical del agua, priorizando la eficiencia, la equidad hídrica y un enfoque regenerativo que permita devolver más recursos de los que se consumen. Sin estos cambios, el prestigio vitivinícola de Mendoza podría transformarse en una ilusión, un brindis vacío en medio de un desierto.

Los desafíos globales que afectan la industria turística en Mendoza se entrelazan en un panorama complejo. Factores económicos, climáticos, geopolíticos y de gobernanza local se superponen con la crisis vitivinícola que atraviesa la provincia. Esta vulnerabilidad estructural exige una reconfiguración de las estrategias de desarrollo y sostenibilidad en un territorio que depende críticamente de su prestigio enoturístico.

A pesar del crecimiento del turismo global, este se encuentra frenado por la desaceleración económica y la presión sobre el gasto en viajes. En Mendoza, este freno impacta directamente en el enoturismo. La combinación de vino, naturaleza y gastronomía comienza a resentirse: estancias más cortas, copas menos llenas en las bodegas y hoteles que reducen tarifas para sobrevivir. La situación ya no es invisible: cierres de emprendimientos, recortes de servicios y una industria que se debate entre mantener la calidad de la experiencia o resignarse a ofrecer un turismo de bajo costo. La incómoda pregunta es si Mendoza está dispuesta a reinventar su modelo o a ver cómo su prestigio se diluye en un mercado global cada vez más austero.

La vitivinicultura argentina se encuentra al borde del colapso: las exportaciones están en su nivel más bajo en dos décadas, el consumo interno se ha desplomado, las bodegas están inundadas de stock y los precios reales del vino han caído hasta un 40% en comparación con 2024. Este colapso no es solo económico; es cultural y territorial. En Mendoza, el enoturismo se ve afectado: experiencias recortadas, viñedos sin mantenimiento y desactualizados tecnológicamente, hoteles que ajustan servicios y bodegas que cierran o se venden. El "producto Mendoza" se desangra, y con él, la narrativa de capital mundial del vino. La pregunta incómoda persiste: ¿seguirá la provincia maquillando la crisis o se atreverá a reinventar un modelo que hoy amenaza con convertirse en un espejismo turístico?

El turismo ya no enfrenta simples "contingencias"; está en la primera línea de la crisis planetaria. Organismos como la ONU Turismo advierten que el cambio climático y los eventos extremos no son amenazas futuras, sino realidades que desestabilizan destinos enteros. En Mendoza, la evidencia es innegable: tormentas violentas que paralizan operaciones, hoteles y bodegas obligados a improvisar protocolos de emergencia, y una creciente presión sobre el agua que genera tensiones con sectores como la minería. La consecuencia es clara: la incertidumbre erosiona la confianza de quienes invierten en turismo y viñedos, mientras el territorio se convierte en un campo de batalla por un recurso vital.

Argentina no ofrece un terreno firme: inflación descontrolada, saltos cambiarios y reglas que cambian como el viento convierten cada proyecto turístico en una apuesta de alto riesgo. El financiamiento se encarece y los inversores miran con desconfianza, mientras hoteles, restaurantes y bodegas deben navegar un mar de incertidumbre. En Mendoza, los empresarios lo expresan sin rodeos: el modelo nacional favorece sectores como el petróleo, gas, minería y automotriz, relegando al turismo y al comercio a un segundo plano. El resultado es brutal: un sector obligado a competir con menos apoyo público, manteniendo calidad y servicio con recursos mínimos. En este contexto, "hacer más con menos" deja de ser un lema de eficiencia y se convierte en una estrategia de supervivencia.

El turismo mundial ya no se define solo por paisajes y experiencias; protestas, tensiones sociales y la percepción de inseguridad son filtros decisivos que reconfiguran la elección de destinos. Los informes de riesgo lo dejan claro: la confianza del viajero es frágil y puede quebrarse en segundos. Mendoza mantiene una imagen relativamente segura, pero la competencia es feroz. Regiones vinícolas en Europa, Norteamérica y Chile invierten millones en infraestructura y promoción, elevando los estándares cada vez más altos. En este tablero global, cualquier fisura —servicios deteriorados, conectividad insuficiente o conflictos socioambientales— puede desviar la demanda hacia alternativas más sólidas. La seguridad y la excelencia ya no son ventajas; son condiciones mínimas para no quedar fuera del mapa.

WTTC advierte que el G20 necesitará más de 12,5 billones de dólares en inversión turística hasta 2035 para evitar que la demanda global choque contra un muro de infraestructura insuficiente. El crecimiento está presente, pero solo lo capturarán los destinos que cierren esa brecha con decisión. Mendoza, en cambio, arrastra un déficit crónico: conectividad aérea limitada, transporte interno precario, hoteles envejecidos y bodegas que carecen de equipamiento competitivo. Esta falta de inversión sostenida amenaza con dejar al territorio fuera del circuito del turismo de vino y naturaleza, mientras otros destinos avanzan con fuerza.

Mendoza desea mantener su liderazgo en el enoturismo mundial, debe articular una estrategia de supervivencia y expansión que combine estabilidad macro y regulatoria, adaptación climática, defensa del agua, reconversión vitivinícola e inversión masiva en infraestructura y producto turístico. No se trata de mejorar; se trata de evitar quedar rezagada en un tablero global que no espera a nadie.

Para que el turismo no agrave la presión, las políticas deben incluir a pequeños productores y comunidades en programas de eficiencia (créditos blandos para riego tecnificado, asistencia técnica, acceso a fondos de agua), evitando que solo grandes actores se adapten y se genere más desigualdad territorial. En síntesis, mitigar el riesgo hídrico en el turismo mendocino no es solo "ahorrar agua" en toda la cadena de valor; requiere gestionar la cuenca como base del producto turístico, coordinar con la vitivinicultura y todos los sectores, y utilizar instrumentos como fondos de agua, ordenamiento territorial y adaptación inclusiva para sostener la competitividad del destino a largo plazo, considerando también los reclamos sociales y laborales de sus trabajadores.

Fuentes consultadas: https://www.greatwinecapitals.com/wine-stories/mendoza-deals-with-climate-change-exploring-higher-altitudes/ https://www.vinetur.com/en/amp/2026010794555/climate-study-warns-85-of-worlds-wine-regions-face-extinction.html/ https://www.forbesargentina.com/negocios/el-sector-vitivinicola-frente-2026-transicion-diversificacion-competitividad-claves-recuperar-terreno-n86507/ https://www.weforum.org/stories/2023/08/temperatures-tourism-climate-impact/

www.bywine.com.ar